



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 17 de septiembre de 1989

«Corazón de Jesús, salvación de los que en ti esperan, ten piedad de nosotros».

1. A esta hora del Ángelus detengámonos durante algunos instantes para reflexionar sobre esa invocación de las letanías del Sagrado Corazón que dice: "Corazón de Jesús, salvación de los que en ti esperan, ten piedad de nosotros".

En la Sagrada Escritura aparece constantemente la afirmación según la cual *el Señor es "un Dios que salva"* (cf. *Ex 15, 2; Sal 51, 16; 79, 9; Is 46, 13*) y la salvación es *un don gratuito* de su amor y de su misericordia. El Apóstol Pablo, en un texto de alto valor doctrinal, afirma incisivamente: Dios "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad" (*1 Tm 2, 4; cf. 4, 10*).

Esta voluntad salvífica, que se ha manifestado en tantas intervenciones admirables de Dios en la historia, ha alcanzado su culmen en *Jesús de Nazaret*, Verbo Encarnado, Hijo de Dios e Hijo de María, pues en Él se ha cumplido con plenitud la palabra dirigida por el Señor a su "Siervo": "Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra" (*Is 49, 6; cf. Lc 2, 32*).

2. Jesús es *la epifanía del amor salvífico del Padre* (cf. *Tt 2, 11; 3, 4*). Cuando Simeón tomó en sus brazos al niño Jesús, exclamó: "han visto mis ojos tu *salvación*" (*Lc 2, 30*).

En efecto, en Jesús todo está en función de su misión de Salvador: el *nombre* que lleva ("Jesús" significa "Dios salva"), las *palabras* que pronuncia, las *acciones* que realiza y los *sacramentos* que instituye.

Jesús es plenamente consciente de la misión que el Padre le ha confiado: "el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido" (*Lc 19, 10*). De su corazón, es decir, del núcleo más íntimo de su ser, brota ese celo por la salvación del hombre que lo impulsa a subir, como manso cordero, al monte del Calvario, a extender sus brazos en la cruz y a "dar su vida como rescate por muchos" (*Mc 10, 45*).

3. En el Corazón de Cristo podemos, por tanto, *colocar nuestra esperanza*. Ese Corazón –dice la invocación– es salvación "para los que esperan en Él". El Señor mismo que, la víspera de su pasión, pidió a los Apóstoles que tuvieran confianza en Él –"No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios; creed también en mí" (*Jn 14, 1*)– hoy nos pide a nosotros que *confiemos plenamente en Él*: nos lo pide porque nos ama; porque, para nuestra salvación, tiene su Corazón traspasado y sus pies y manos perforados. Quien confía en Cristo y cree en el poder de su amor renueva en sí la experiencia de María Magdalena, como nos la presenta la liturgia pascual: "Cristo, *esperanza mía*, ha resucitado" (Domingo de Pascua, *Secuencia*).

¡Refugiémonos, por consiguiente, en el Corazón de Cristo! Él nos ofrece una palabra que no pasa (cf. *Mt 24, 25*), un amor que no desfallece, una amistad que no se resquebraja, una presencia que no cesa (cf. *Mt 28, 20*).

Que la Bienaventurada Virgen, "que acogió en su corazón inmaculado al Verbo de Dios y mereció concebirlo en su seno virginal" (cf. *Prefacio* de la Misa votiva: de la Bienaventurada Virgen María Madre de la Iglesia) nos enseñe a poner en el corazón de su Hijo nuestra total esperanza, con la certeza de que ésta no quedará defraudada.

Después del Ángelus

Con afecto os saludo ahora a vosotros, queridos hermanos y hermanas de América Latina y España, que habéis venido hasta aquí para participar comunitariamente en nuestra plegaria a la Madre del Salvador. Siguiendo la enseñanza de la liturgia de este domingo, os invito a ser misericordiosos, como Dios es misericordioso, con todos vuestros hermanos, solo así la ley del amor cristiano tendrá plena vigencia en el mundo. Os bendigo de corazón.